

**Discurso de aceptación del
Premio Hispanoamericano
de Traducción Literaria**

Selma Ancira



TABASCO
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

**Premio Hispanoamericano
de Traducción Literaria
2019**

Selma Ancira

PREMIOS
FILELI

Primera edición: 2020

© Selma Ancira

© 2020, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8735-44-0

Impreso en Villahermosa, México - *Printed in Villahermosa, Mexico*

*Discurso de aceptación pronunciado
el 13 de noviembre de 2019,
en el “Salón” José Gorostiza” de la FILELI.
Centro de Convenciones, Tabasco 2000.*

**Discurso de aceptación del
Premio Hispanoamericano
de Traducción Literaria**

Selma Ancira

Buenos días, autoridades, amigos, colegas, señoras y señores.

Hace unos meses, cuando me encontraba en una pequeña isla del mar Egeo buscando traducir al lenguaje visual algunos de los relatos que de tanto en tanto comparte conmigo el mar, llegó de pronto a mi teléfono una carta sorprendente y grata. En ella se me comentaba que la Secretaría de Cultura de Tabasco había decidido crear el Premio Hispanoamericano de Traducción Literaria y que habían pensado en mí para recibirlo en esta primera edición.

Mi sorpresa fue mayúscula. Lo primero que se me ocurrió fue que quizá se tratara de una broma, pero quien enviaba y firmaba la carta era una persona a la que respeto y en la que confío, de modo que esa primera impresión pronto se diluyó. Seguí bordeando el mar, seguí esperando que me compartiera sus historias, pero ahora más que las historias del mar, aparecían visiones de una Villahermosa

de antaño, donde estuve una sola vez y a la que no había vuelto, de su centro histórico, del museo de La Venta, de la Casa de los Azulejos y de la bella laguna de las Ilusiones. Mi acontecer cotidiano en la isla cambió.

Hoy, varios meses después, quiero agradecer a la Secretaría de Cultura de Tabasco y a ese grupo de amigos literatos que, encabezados por Álvaro Ruiz Abreu, decidieron la creación de un premio para nuestro gremio, el gremio de traductores literarios.

Decía José Emilio Pacheco que «la literatura es un mar nutrido por todas las corrientes de la Tierra. Solo mediante las traducciones se mantienen en circulación las aguas. Sin ellas volveríamos a una Babel incomunicable, a una isla desértica y ahogada de sed en la que nada podría florecer». Gracias, pues, por esta iniciativa de galardonar a quienes buscamos mantener las aguas del mar de la literatura en movimiento.

Llegué al camino de la traducción literaria por la vía más efectiva, la de la pasión. Siendo todavía estudiante en la Universidad Estatal de Moscú, me enamoré de una autora rusa de nombre difícil de pronunciar en español, Marina Tsvietáieva. La leí fuera de los programas universitarios. En la Rusia soviética su obra se difundía de forma muy limitada. ¿Por qué? Por razones ideológicas: había estado casada con un ruso blanco, había emigrado, tras diecisiete años de vivir en el exilio había vuelto sin querer volver y había acabado por suicidarse. Todo eso la hacía un personaje *non grato* para el régimen. Pero ella llegó a mí. Y me deslumbró. Me deslumbró la singularidad con

la que expresaba sus pensamientos, me deslumbró la concisión de su estilo, sus imágenes, el genio que destilaba en cada uno de sus versos, en cada una de sus frases, en cada una de sus obras.

Me entusiasmé y no pude más que traducirla. Quise traerla al español, hacerla visible en nuestra lengua y, sin haber incursionado nunca antes en este camino, me puse a traducir aquel libro prodigioso y, mientras lo traducía, descubrí mi vocación.

En ese momento, entusiasmada como estaba, me encontré con Sergio Pitol que trabajaba como agregado cultural de nuestra embajada en Moscú. Pitol fue, además de un grande y querido amigo, un maestro excepcional. Aparte de darme valiosos consejos en lo relativo a la recreación en español de una obra escrita en otro idioma, Pitol me incitaba a leer otras literaturas, a adentrarme en los autores que él veneraba, a vivir plenamente en las letras. De él aprendí que la mejor escuela para un traductor es acercarse a los escritores de más esplendor en nuestra lengua. Gracias a él comencé a leer a Galdós, a quien adoro. En su obra encuentro lo que necesito cuando estoy traduciendo a mis rusos del XIX. Don Benito Pérez Galdós me pone en las manos las palabras que Tolstói me demanda.

Otro de mis maestros al inicio de este adictivo camino fue el queridísimo Emilio Carballido. Emilio me apoyó desde el principio, no solo abriéndome las puertas de la revista de teatro *Tramoya*, sino empujándome para que tradujera dramaturgos entonces desconocidos y nuevos para nosotros. Nunca olvidaré la noche del estreno de *Lagartija* en el

teatro Orientación. *Lagartija*, de Volodin, fue mi primera traducción dramática. Además, había trabajado a lo largo de varias semanas fungiendo de puente entre el director ruso Evgeni Lázariev y los muchachos de la escuela de teatro del INBA. Al terminar la función, el maestro Carballido, de quien yo solo había oído hablar maravillas, se acercó a mí para felicitarme, generoso, sencillo, amable. No daba crédito. Ese fue el inicio de una amistad profunda y fructífera, llena de cariño y aventuras compartidas, que duró hasta la muerte del maestro. Emilio era un narrador espléndido. Nos reunía en su casa y nos relataba sus viajes a los lugares menos esperados, nos hablaba de sus lecturas, nos transmitía su emoción cotidianamente renovada por la vida. A veces, el 24 de diciembre por la mañana, sonaba el teléfono de mi casa en Barcelona. Era Emilio, que acababa de aterrizar en Madrid, y me decía con su voz jovial y traviesa: «Hola, mi Selma, ¿tendremos fino pavo para la cena?». Y por la tarde estaban en casa Héctor Herrera, su compañero, y él, y la Nochebuena se convertía en una fiesta «súper plus», como le gustaba decir a Emilio.

En 1984, a los veintiocho años, de regreso de mis estudios en Rusia y Grecia, entré a trabajar como correctora de estilo en Siglo XXI, gracias a la generosidad inmensa de don Arnaldo Orfila quien, unos años antes, contagiado por mi entusiasmo había aceptado publicar mi primera traducción, la de *Las cartas del verano* de 1926, de Marina Tsvietáieva. Contagiado por mi entusiasmo, digo, pero también, y, sobre todo, seducido por la prosa y la personalidad de Marina, espléndida-

mente acompañada en ese libro por Borís Pasternak y Rainer Maria Rilke. Un libro ahora ya mítico, con una ilustración de Chagall en la portada de color rosa, y que marcó, por un lado, el nacimiento de Tsvietáieva en español y por el otro, mi nacimiento como traductora de mundos lejanos y bellos.

Siendo correctora de estilo en Siglo XXI conocí a Martí Soler, otro de mis grandes maestros, un hombre discreto, sencillo y desprendido, a quien debo todo lo que sé en materia de edición. Martí me transmitió su pasión por la edición bien cuidada y el libro bien impreso. Educó mi vista para detectar erratas, las obvias y las veladas, me enseñó el sistema de signos ortotipográficos y a corregir galeras. Todo esto me ha servido una y otra vez a lo largo de estos años, para cada uno de mis libros. A él le debo también haber podido traducir, muy al principio de mi vida en Barcelona, a María Luisa Algarra y a Narcís Comadira, ambos autores catalanes, que el maestro Carballido reclamaba para *Tramoya*.

Desde niña sentí pasión por el idioma. Si las clases de aritmética y geometría me hacían sufrir, las de gramática me entusiasmaban. Hasta hoy recuerdo la lección, en los libros de texto, dedicada a las palabras yuxtapuestas: cejijunto, patitieso, trabalenguas... Esas palabras, quizá porque en ellas intuía las infinitas capacidades del idioma, me hacían sentir calor en el pecho, ese calor del que habla Tsvietáieva en *Mi Pushkin* cuando se da cuenta de que lo que siente por el poeta es amor. Llegaba a la casa y me ponía a inventar palabras yuxtapuestas: abuelinda, biciveloz, perrihambrienta... ¡Quién

me iba a decir que décadas después me las encontraría a granel en mis autores griegos! Y que, no pudiendo, por los imperativos del español, reproducirlas tal cual, tendría que descomponerlas en dos, con todo el dolor de mi corazón.

Pero el amor por la lengua me viene de más atrás, de antes de la escuela, de la preescuela, de antes de las palabras yuxtapuestas y los enigmáticos signos de puntuación. Me viene de mi padre, el actor Carlos Ancira. Nací y crecí escuchando que el teatro es la escuela del idioma. Una escuela que él transformaba en templo. Mi papá veneraba el español. Jugaba y nos enseñaba a jugar con las palabras. No nos permitía que cometiéramos errores, que pronunciáramos mal ninguna palabreja, que conjugáramos equivocadamente un verbo. Papá se extasiaba con autores como Lope de Vega, Juan Ruiz de Alarcón o Ramón del Valle Inclán. Recuerdo su interpretación en *Luces de Bohemia*. Ese Max Estrella que con una emoción a veces contenida y a veces desbordada decía: «Vuelve a leerme la carta del Buey Apis». En casa, mi mamá le «tomaba los papeles» y nosotras, pequeñas, mi hermana y yo, oíamos de pasada, pero una y otra vez, las obras de teatro en las que el idioma era, si no el protagonista absoluto, sí uno de los personajes principales.

De mis autores he aprendido gran parte de lo que sé y lo que soy. Se dice que Tolstói leía con soltura en treinta y nueve idiomas. Se daba a la tarea de aprender la lengua del autor que quería leer, sin importar que fuese una lengua viva o muerta. Así, aprendió griego para leer a Homero y hebreo para leer la Biblia. Ade-

más, para Tolstói, la traducción literaria fue una práctica cotidiana durante mucho tiempo. «Traducir alguna cosa de una lengua extranjera al ruso para desarrollar la memoria y el estilo», escribe en su diario el 24 de marzo de 1851. Y a lo largo de las entradas de ese diario que llevó asiduamente durante sesenta y cuatro años, vemos que cada vez que se topa con un texto traducido, cuestiona la traducción y la califica, permitiéndonos así el acceso a su laboratorio. Tsvietáieva también dedicó muchas horas a la traducción literaria. Tradujo a Pushkin del ruso al francés, dominaba perfectamente ambas lenguas, y de sus comentarios sobre sus propias traducciones he aprendido mucho del oficio. También traducía, además, de lenguas que ignoraba, pero en sentido inverso, al ruso. Tradujo, por ejemplo, a Lorca sin saber español. Al alimón con alguien que sí dominaba nuestra lengua. Eso me abrió una puerta maravillosa que ha germinado en traducciones a cuatro manos con mi querido amigo y gran poeta Francisco Segovia, aquí presente. Con Pancho nos hemos adentrado en los versos de la propia Tsvietáieva y de otros poetas, rusos y griegos, como Pasternak y Seferis.

Κοιμούμαι κι η καρδιά μου ξαγρυπνά·
κοιτάζει τ' άστρα στον ουρανό και το δοιάκι
και πώς ανθοβολά το νερό στο τιμόνι.

Dice Seferis en un poema breve de su *Bitácora III*.

Duermo y mi corazón sigue despierto:
mira las estrellas en el cielo, el gobernalle,
y cómo el agua florece en el timón.

Kazantzakis, por su parte, tiene una faceta fascinante como traductor. Gracias a él, los griegos conocieron, entre muchas otras obras de la literatura universal, las *Conversaciones con Goethe* de Eckerman, la *Divina Comedia* de Dante, el *Oliver Twist* de Dickens y muchas de las novelas de Julio Verne. Ellos, mis autores, me han enseñado a seguirlos como quieren ser seguidos, con ellos he aprendido a escuchar, a discernir, a respetar o, en ocasiones, a desacatar si así me lo pide el español o la obra misma, en su nueva indumentaria.

De los traductores se habla poco, quizá porque se sabe poco del oficio. Hace unos días leí, en una publicación que se edita tanto en España como en México, una frase que me golpeó fuertemente el oído: «En este maravilloso libro, el primero del autor que se traduce al español...», y acto seguido el autor de la nota mencionaba la editorial que había publicado el libro y el año de la publicación, pero omitía al traductor, que había hecho posible que quien escribía la nota pudiera leerlo.

No, señores, el libro no «se tradujo» solo. Detrás de todo texto traducido hay un trabajo inmenso. Un trabajo tal vez poco notorio, pero no por eso inexistente. Hay lectura, hay investigación, hay inventiva, hay rigurosidad, hay horas, muchas horas de trabajo, y si al lector el libro le parece maravilloso, es probablemente porque la unión escritor-traductor fue fértil y el traductor ha conseguido crear una obra literaria de envergadura.

En «Dos Reyes de los Elfos», uno de los ensayos más reveladores que en cuanto a traducción literaria se han escrito,

Marina Tsvietáieva, tras haber hecho un análisis riguroso de la traducción que Vasili Zhukovski hizo del poema de Goethe, «El Rey de los Elfos», dice:

Son pares en grandeza. Al cabo de cien años, la traducción ha dejado de ser traducción para convertirse en original. Se trata, únicamente, de un «Rey de los Elfos» distinto.

Son pares en grandeza, pero son muy diferentes. Son dos «Reyes de los Elfos».

Dos variaciones sobre el mismo tema, dos visiones de lo mismo, dos testigos de la misma visión. Cada uno lo vio desde sus ojos.

A eso aspiramos nosotros, los traductores literarios. A crear obras literarias en nuestro idioma. A contribuir a la literatura escrita en nuestra lengua con composiciones que algún día lleguen a formar parte del canon literario de nuestra cultura.

Nuevamente gracias a la Secretaría de Cultura de Tabasco y a quienes idearon y consiguieron la creación de un premio para quienes hacemos la literatura universal, según se expresó José Saramago de nuestro quehacer.

He hecho un recorrido, incompleto, de las personas y los autores a quienes debo la traductora que soy. Este noviembre, no recuerdo el día, pero sí sé que fue en noviembre, se cumplen cuarenta años de que tomé la pluma, la pluma, sí, entonces no había computadoras y en Moscú yo no tenía una máquina de escribir, tomé la pluma, un cuaderno y me puse a traducir aquellas preciosas cartas de

Tsvietáieva. ¿Qué mejor manera de celebrarlo sino con un premio para mi gremio, el gremio de traductores literarios, esos caballos de postas de la ilustración, como nos llamaba Alexandr Pushkin?

Muchísimas gracias.



TABASCO
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Adán Augusto López Hernández
Gobernador del Estado de Tabasco

Ramiro Chávez Gochicoa
Secretario de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento a la Lectura
y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura



Discurso de aceptación del Premio Hispanoamericano de Traducción Literaria, se terminó de imprimir el 21 de diciembre de 2020. Yax-ol, calle Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez. Col. Centro. Cárdenas, Tabasco, México. Para su composición se utilizaron tipos Chaparral Pro. El tiraje fue de 300 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de Luis Acopa y de la Dirección de Publicaciones y Literatura.

